



*He cambiado tantas veces de refugio, a lo largo de mi desconcierto,  
que me sorprende confundiendo antros y escombros.*

*Samuel Beckett*

Año 3 | Núm. 23

# LaViscera Magazine

 [www.facebook.com/LaViscera](http://www.facebook.com/LaViscera)

Dirección / Coordinación

**EDULOGIC PRODUCCIONES**

Corrección

**CVH**

Consejo de redacción

**CARLOS SAN JORGE**

**PATRICIA SÁNCHEZ**

**CARLOS VICENTE**

Maquetación / Diseño

**PATRICIA SÁNCHEZ**

Contacto:

[LaViscera@edulogic-producciones.com](mailto:LaViscera@edulogic-producciones.com)

[www.edulogic.es](http://www.edulogic.es)

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta publicación sin autorización expresa de los autores y del equipo directivo de LaViscera Magazine.

Todos los derechos reservados.



05	Carlos Vicente <b>UNA OBRA DE TEATRO QUE NUNCA ESCRIBIRÉ (XXII)</b>
07	Patricia Sánchez <b>MARÍA DESASTRES</b>
09	Andrés M. Níguez <b>LA FOTO</b>
11	Carlos San Jorge <b>UNA AUTÉNTICA RUINA</b>
13	Beatriz Gorjón <b>EL ASUNTO</b>
15	Jara Aizpurua <b>CON D DE DESASTRES. DESPEDIDA</b>
17	VÍSCERAS INVITADAS: ANAÍS YEBRA MARIÑO @miscolorettes <b>4212</b>
19	VÍSCERAS INVITADAS: MIGUEL ÁNGEL MARTÍN MAS <b>DESASTRES DE LOS QUE NO SE OLVIDAN</b>
21	Pedro Vez Luque <b>LA OBRA</b>

Hace ya más de veinticinco años que «Cosas que nunca te dije» nos enseñó a unos cuantos que algo tan banal como que se haya agotado tu sabor de helado favorito puede ser el mayor desastre del mundo. Da igual que intenten ayudarte diciéndote que *Chocolate Chocolate Chip* es una buena alternativa cuando tú lo que sientes es que lo único que te salvará de saltar por la ventana es darte un atracón de *Capuccino Commotion*.

Nadie puede salvarte entonces. Sólo el camión de reparto.

Hace ya más de veinticinco años que unos cuantos comprendimos, a través de una escena de una película independiente firmada por una mujer que hasta entonces hacía anuncios en los que preguntaba a qué olían las nubes, que los desastres que conforman el infierno de cada uno son de cada uno.

Pero, a veces, se nos olvida.

Y eso sí que es un desastre.

ESCENA 1: CAPUCCINO COMMOTION <https://youtu.be/6iOTJhnVFs?feature=shared>

ESCENA 2: CHOCOLATE CHOCOLATE CHIP <https://youtu.be/TNushYncm7k?feature=shared>

# UNA OBRA DE TEATRO QUE NUNCA ESCRIBIRÉ (XXII)

CARLOS VICENTE



Siempre he querido escribir -pero nunca lo haré- una obra de teatro con dos gestores culturales que no son conscientes de sus propios errores y viven en un mundo cercano al de *El Proceso*, de Kafka. Sería algo así como...

**Oficina con un despacho en el que hay dos mesas con dos ordenadores. Frente a ellas, dos gestores culturales hablando de sus éxitos y sus fracasos.**

GC 1: Esto es una chapuza.

GC 2: Sí.

GC 1: Nos hemos equivocado.

GC 2: Y que lo digas.

GC 1: Pero en qué.

GC 2: Sacamos el proyecto a concurso público.

GC 1: Todo estaba según marca la ley.

GC 2: Los que se presentaron lo hicieron de acuerdo con la legalidad.

GC 1: No lo entiendo.

GC 2: Ya no se puede confiar en nadie.

GC 1: Todos dijeron que podrían hacerlo bien.

GC 2: Incluso muchos no llegaron ni al presupuesto máximo.

GC 1: Casi todos presentaron el proyecto con un presupuesto que rozaba el mínimo.

GC 2: Hubo uno que se ajustó al mínimo.

GC 1: Y ahora nos hacen esta mierda.

GC 2: Esto es una ruina, una catástrofe, un cataclismo.

GC 1: No sé qué puede haber fallado...

GC 2: ¿Nos vamos a comer?

GC 1: Vale.

Y, así, la obra seguiría presentando escenas cortas en las que ellos no entenderían por qué los proyectos salen mal cuando se los encargan a quien ha puesto el presupuesto más bajo.

En la noche del 6 al 7 de enero de 1839, una tormenta masiva azotó Irlanda causando una destrucción sin precedentes. «La noche del gran viento» (Oíche na Gaoithe Móire), como aún es conocida hoy en día, dejó huella en todos los rincones de la isla. Casas de piedra derribadas, tejados destrozados, inundaciones, árboles arrancados de raíz, barcos destruidos... Cuentan que se encontraron peces a seis millas tierra adentro, que las brasas «voladoras» de las chimeneas arrancadas por los vientos huracanados provocaron incendios insofocables, que decenas de marineros se perdieron cuando sus embarcaciones fueron destruidas. Informes encontrados tras la desgracia hablan de cientos de víctimas mortales, aunque es probable que nunca se sepa el número exacto.

Años después, enterrados los muertos, honrados, olvidados algunos incluso, «La noche del gran viento» seguía devastando a los irlandeses, tanto que se convirtió en un referente temporal. En 1909, el gobierno decidió dar una pequeña pensión a todos los ciudadanos irlandeses de más de setenta años, pero la mayoría de estos no tenían pruebas que demostraran su edad. Los encargados de adjudicar las ayudas decidieron pedir a los posibles beneficiarios que relataran sus recuerdos de «La noche del gran viento».

En la misma noche, casi a la misma hora en la que se iniciaba la tormenta, pero justo un siglo después, mi madre tuvo a bien darme a luz.

María Desastres tiene 84 años y siempre cuenta esta historia cuando le preguntan por el origen de su nombre. Por fortuna, ya no queda nadie que conozca los verdaderos motivos y, gracias a los años de los que hace gala, ella acabará olvidándolos más pronto que tarde. Con ella morirá su historia y, lejos de inquietarle, no hay nada que le proporcione más paz.

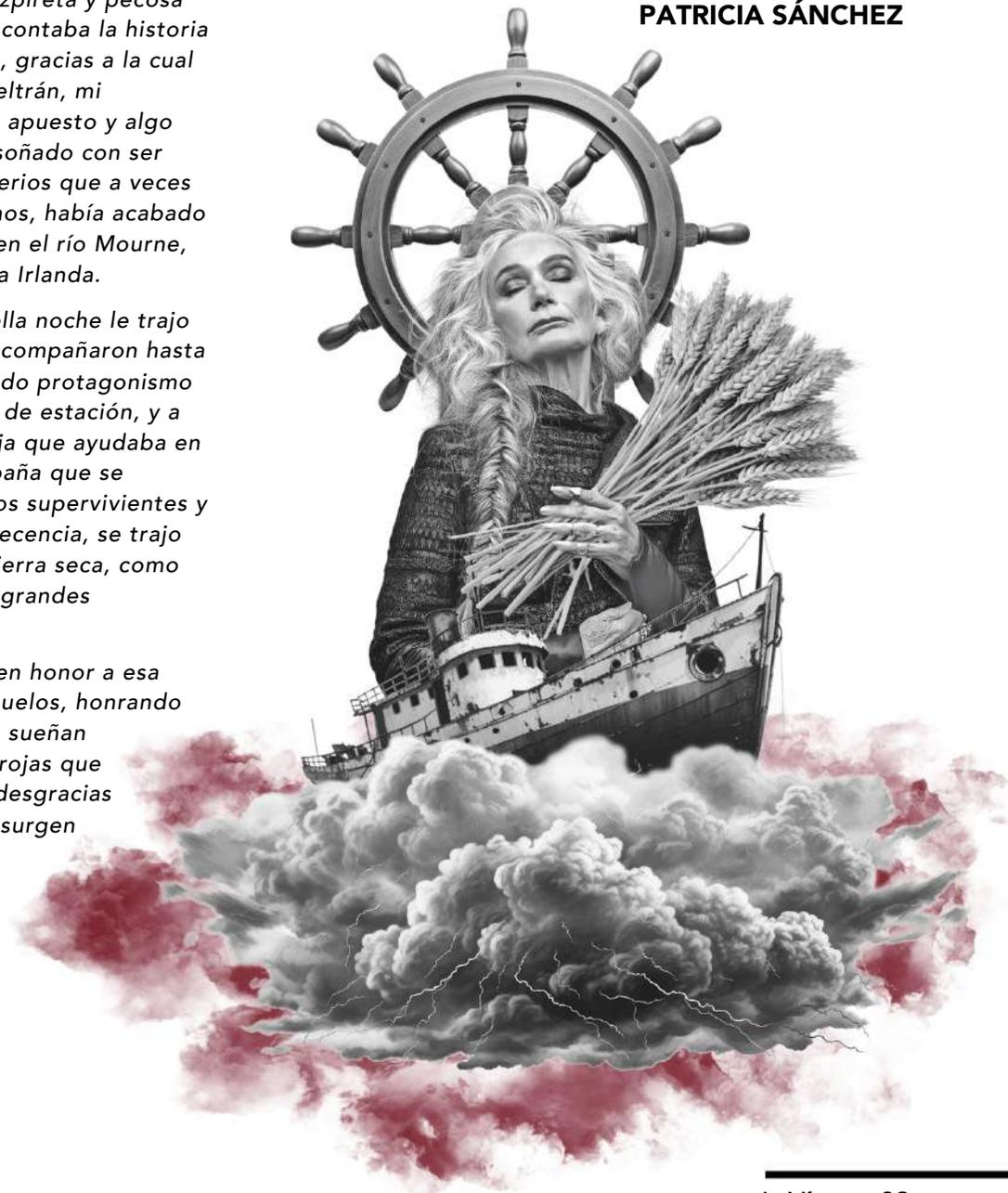
Cuando la matrona me puso sobre su pecho, comprobó que nací con una generosa mata de cabello pelirrojo, como el que había tenido su abuela, esa pequeña mujer, pizpireta y pecosa que, de cuando en cuando, le contaba la historia de «La noche del gran viento», gracias a la cual había conocido al bueno de Beltrán, mi bisabuelo, un mozo castellano apuesto y algo temerario que siempre había soñado con ser marinero y que, por esos misterios que a veces adornan la existencia de algunos, había acabado trabajando en un curricano en el río Mourne, el mejor río salmonero de toda Irlanda.

A Beltrán la tormenta de aquella noche le trajo unas cuantas lesiones que le acompañaron hasta el final de sus días, demandando protagonismo especialmente en los cambios de estación, y a una pequeña irlandesa pelirroja que ayudaba en uno de los hospitales de campaña que se improvisaron para atender a los supervivientes y a la que, al terminar su convalecencia, se trajo de vuelta a su Castilla natal, tierra seca, como sus habitantes, sin riesgos de grandes tormentas.

Decidió mi madre mi nombre en honor a esa noche y a la historia de sus abuelos, honrando así a los mozos de secano que sueñan con ser marineros y a las pelirrojas que dejan su patria y cambian las desgracias pasadas por agua por las que surgen de los campos de trigo y los inviernos de interior.

# MARÍA DESASTRES

PATRICIA SÁNCHEZ



# LA FOTO

DE ANDRÉS M. NÍGUEZ  
PARA **DESASTRES**



**UN LUGAR PARA NACER, SANAR Y MORIR**

Demolición del Hospital Universitario de Salamanca. Marzo 2023

# UNA AUTÉNTICA RUINA

CARLOS SAN JORGE

Para personas como yo, salir a la compra en esta época del año es una auténtica ruina. Y no por la cantidad ingente de personas en todas partes o el elevado precio de absolutamente todo, sino por la enorme cantidad de carteles diciéndote en todo momento que no te vayas de esa superficie comercial sin uno u otro producto. Y es que yo soy poseedor de una tara psicológica, todavía por catalogar, que hace que, inconscientemente, sienta el irremediable impulso de aprovechar todas y cada una de las ofertas que me ponen delante.

Este año me propuse evitar los grandes supermercados, resistirme a la hipnosis comercial de los mejores departamentos de marketing del mundo, capaces de vender una nevera a un esquimal, y entrar al mercado de mi barrio. Ese espacio que cada vez tiene menos comercios de barrio y cuyos tenderos, los de siempre, resisten a duras penas. Tenía la esperanza de que aquí no me bombardearían con artefactos subliminales, que no sucumbiría comprando algo que ni necesitaba ni estaba en mis planes y que podría dominar mis impulsos. Estaba totalmente equivocado.

Nada más entrar me encuentro con la carnicería de Tomás, un establecimiento de esos de toda la vida en el que compraba mi abuela, luego mi madre y, por extensión, de vez en cuando yo. El bueno de Tomás, con todos los años del mundo, no es que destaque precisamente por su exquisita publicidad, pero ahí está, un cartel tamaño DIN A3 que reza: «Si en la mesa de navidad quieres triunfaL, no te olvides del mejor lechaL». Respiro hondo y, sin pensar mucho más, sigo camino.

Supero el obstáculo sin muchos problemas, pero, justo al lado, en la pescadería de Benancio, me llama la atención otro cartel evocador, en amarillo fosforito y con letras negras, que dice: «No rompas la hucha para comer la mejor trucha». Y es increíble porque, aunque no me guste esta variedad de pescado, casi me hace picar y comprar dos kilos. Odio mis ansias de aprovechar las ofertas.

En fin, miro al suelo y sigo caminando, cada vez más rápido y esquivando todos los carteles llamativos hasta que, por fin, llego a mi última parada. La frutería de Lola. Sonríe airoso porque no hay nadie, así que no voy a tardar mucho en completar mi misión. Comprar una piña y salir de ahí como alma que lleva el diablo. Pero lo peor está por venir. Levanto la vista, miro a Lola y, justo debajo de ella, como un maldito subtítulo, tiene un cartel en el que simplemente pone: «3x2 en cualquier tipo de manzanas».

En serio, no necesito manzanas. Una compañera de trabajo de mi mujer nos ha regalado justo este fin semana una caja de diez kilos.

- Buenos días, Román. ¿Qué va ser?
- Hola, Lola. Una piña, por favor.
- ¿No quieres unas manzanas? 3 kilos por el precio de dos. Esta oferta termina hoy.
- Pues...

Resiste, no caigas. No necesitas manzanas. Tienes en casa diez kilos y apenas comes.

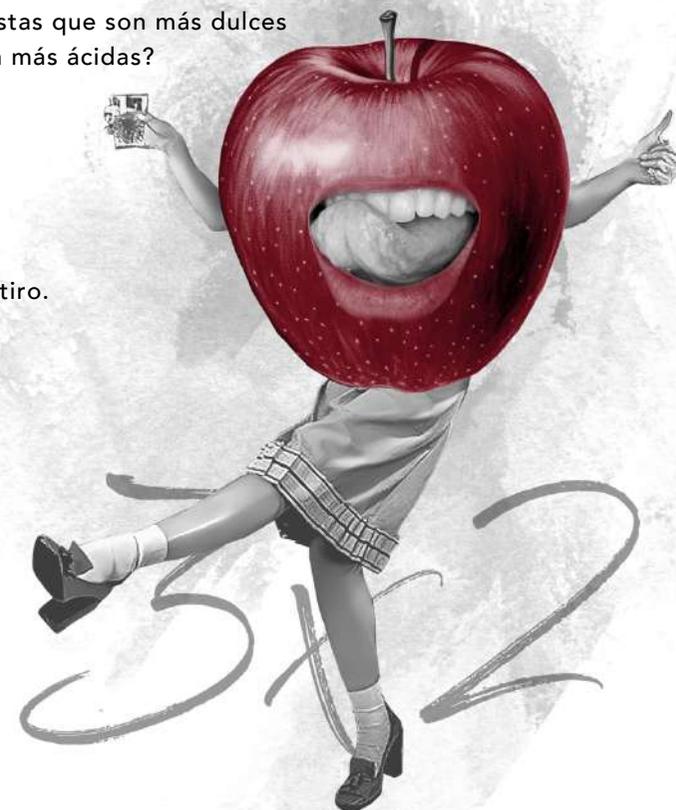
- Venga, sí.
- ¿De cuáles? ¿De estas que son más dulces o de estas que son más ácidas?

Y yo qué sé. Me da igual.

- De esas.
- ¿Tres kilos?
- Si. De esas, tres.

Que alguien me pegue un tiro.

Por favor.



# EL ASUNTO

## BEATRIZ GORJÓN

Arrastra las raídas alpargatas por un polvoriento camino, las manos callosas, el pelo áspero y encrespado y unas arrugas insólitas a su edad. Tiene apenas dieciséis años y el sufrimiento de dos o tres vidas en la mirada.

El sol en todo lo alto se clava en su cabeza como una condena y en su defensa abre un paraguas. Sus pasos son lentos y rápidos a la vez, de miedo y ansiedad, cobardes y atrevidos, deseosa y temerosa de llegar a su destino.

En una mano, aprieta fuertemente las dos monedas de veinte duros que es lo que le costará el asunto. Es una fortuna para ella y le ha costado reunirlos, por lo que primero intentó otras soluciones. Se tomó infusiones de perejil y azafrán, pero solo consiguió vómitos. También intentó hacer esfuerzos físicos, saltar desde varias alturas y, por último, correr todo lo rápido que pudo por un camino solitario y tirarse por una pequeña cuneta donde sólo consiguió unos arañazos. El germen que guarda en las entrañas se agarra con fuerza.

En su casa ya malviven ella y sus tres hermanos pequeños. La madre siempre triste o enfadada, o ambas. El padre violento cuando no está borracho y muy violento cuando sí. Apenas comen una vez al día. Imposible alimentar una boca más.

Y sólo pensar en explicar su situación y en cómo ha llegado a ella le hace temblar. Hay una ley del silencio en el pueblo sobre lo que pasa en casa de don Francisco con las chicas jóvenes que van a servir. Por eso, cuando oye hablar a unas mujeres en el arroyo donde lavan la ropa de aquella... bruja, la habían llamado, que se deshace de asuntos como el suyo, se arma de valor y va a verla.

El encuentro a la puerta de una cochambrosa chabola oculta en el bosque fue breve. La mujer no quiso saber nada de su historia, sólo le dijo que cuando tuviera doscientas pesetas volviera.

Está llegando. Aminora el paso muerta de miedo y, con las dos monedas bien apretadas en la mano sudada, entra sin llamar a la puerta. El interior está poco iluminado y un olor indescriptible le inunda la nariz. La vieja, de espaldas, sentada a la lumbre, se vuelve lentamente con una sonrisa que deja ver una boca desdentada y pregunta:

- ¿Lo tienes?

La chica abre la mano pegajosa y enseña las monedas.

- Déjalas encima de la mesa.

La muchacha da dos o tres pasos más, cuando lo único que quiere es huir de allí, y deja las monedas donde le ha indicado. Sus ojos se están acostumbrando a la penumbra y divisa un viejo jergón en un rincón cubierto por trozos de manta y telas con manchas entre las que cree reconocer alguna de sangre seca, pero prefiere no pensar.

- ¿Has traído el paraguas?

La chica se lo da con la otra mano.

- Bien, pues tumbate ahí- dice, señalando para horror de la muchacha el camastro.

Y, con una media sonrisa asquerosa, sisea mientras le saca una varilla al paraguas.

- Esto puede salir muy bien o ser un auténtico desastre.

*Cuatro de cada diez mujeres viven en países que tienen prohibido el aborto o leyes muy restrictivas. En 24 países está prohibido en cualquier circunstancia, incluso si existe riesgo para la vida de la mujer. En el mundo, de los aproximadamente 56 millones de abortos inducidos que tienen lugar cada año, se estima que unos 25 millones, un 45%, son inseguros, como consecuencia, al menos 23.000 mujeres mueren cada año.*



# CON D DE DESASTRES DESPEDIDA

JARA AIZPURUA

«Es una pena». Es lo único que me dice mi cerebro una y otra vez. Yo no hago más que mandarle señales de que no hay ningún tipo de ilusión, que cada vez me cuesta más coger la pluma para enfrentarme a la dichosa palabra que hace que me estruje el cerebro cada dos meses para escribir algo que finalmente entrego, pero que no me provoca nada.

Sé que mi no continuidad no producirá un desastre a nivel mundial, ni siquiera a nivel estatal, comunitario, personal y mucho menos del equipo. Simplemente, será el final de una etapa, bonita, en la que me obligué a escribir para un magazine de amigos.

Antes de ponerme a teclear en el Word del móvil, (sí, todos mis escritos han sido realizados a través de este dichoso aparato), tras ver el aviso de que llegaba tarde a la entrega de este mes y comprobar que mi imaginación seguía en alguna parte que no era aquí, he pensado una y otra vez cómo enfrentarme a este final. Seamos sinceros, lo de tomar decisiones importantes siempre me ha superado. Pero de un tiempo a esta parte pienso más en mí, en lo que necesito y me hace bien, en no decir que sí a todo por satisfacer a otros... Así que, llegados a este punto, sólo puedo agradecer el día que me dieron la oportunidad de participar en este proyecto, lo bonito que ha sido en la mayoría de ocasiones escribir porque me apetecía, el esperar con ganas la ilustración que acompañaría mis idas de pinza y, sobre todo, el poder leer a mis compañeros, empaparme de su arte y sentirme orgullosa de formar parte de algo tan especial.

Fue bonito mientras duró. Nos seguiremos leyendo de alguna manera, yo a vosotros, compañeros, seguro. Vosotros, quizá, mirándome a los ojos.

Gracias por todo.

Ha sido un placer.



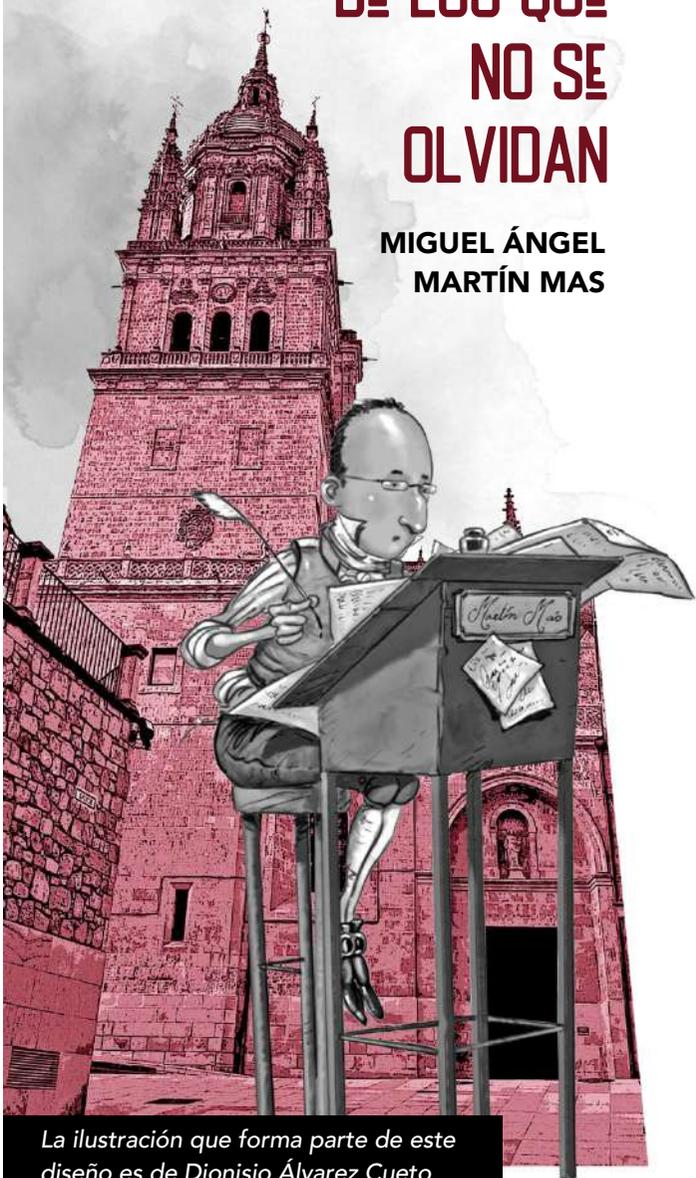
4212

Dejamos que asesinen a nuestros niños y niñas. Todo está roto. Estamos perdidos.



## DESASTRES DE LOS QUE NO SE OLVIDAN

MIGUEL ÁNGEL  
MARTÍN MAS



La ilustración que forma parte de este diseño es de Dionisio Álvarez Cueto

En mi muy docta opinión, la gente emplea ciertas palabras con mucha ligereza. «¡Qué desastre!», gritan cuando derraman una copa de vino sobre un impoluto mantel blanco o al abrir la puerta de la habitación de su hijo adolescente. ¡Llamar a eso desastres, vamos hombre! Menos mal que sí que hay personas que saben utilizar el léxico apropiadamente, como don Francisco de Goya, que tituló muy acertadamente *Los desastres de la guerra* a una serie de grabados suyos en los que aparece gente decapitada y con los miembros amputados. De desastres de los de verdad yo sé bastante, no en vano los he sufrido impenitentemente siglo tras siglo. No es que quiera hacerme la víctima, para nada; soy perfectamente consciente de que otras han padecido tanto o más que yo, pero sean comprensivos, los chicos que editan esta revista seguramente han vivido algún desastre de juventud en mis calles, así que veo justo que me concedan esta parcelita de protagonismo.

El caso es que era el 219 a.C. y ya se pasó por aquí el norteafricano ese, Aníbal, que venía en busca de mercenarios y del grano y las legumbres de La Armuña para alimentar a sus tropas y hacerles la guerra a los romanos. Me dejó temblando, saqueada a fondo. Me alegré al saber que al final los latinos le dieron lo suyo, más que nada porque, de haber terminado esa guerra de otra forma, lo mismo no podría yo lucir ese precioso puente sobre el Tormes. ¡Ay, el dichoso Tormes, cuántos desastres me causó antes de convertirse en la corriente mansa que es ahora! Nunca se me olvidará ese 26 de enero de 1626, ¡menuda riada! Mucho se habla ahora entre los estudiantes de la noche salmantina, poco se acuerdan esos inconscientes de aquella terrible noche de San Policarpo.

Del moro Almanzor no quiero hablar, la verdad, buena gana. No puedo entender cómo le han puesto el nombre de ese tipejo, que tanto gusto le cogió a saquearme, al pico más alto de toda Castilla y León. Ese también acabó malamente. Normal, el que la hace la paga, que de echar el mal de ojo también sé yo alguna cosa.

Se me olvidaba. Para desastres aquellos que produjeron las tropas aliadas castellanas de Alfonso VIII y aragonesas de Pedro II en el verano de 1197. Mi señor Alfonso IX estaba en guerra con esos dos buenos pájaros y primos suyos, que tomaron el castillo de Paradinas de San Juan y entraron en mi provincia a sangre y fuego, no dejando piedra sobre piedra en Alba

de Tormes y devastando mis tierras, que así lo cuentan las crónicas. Pero, mira, el castellano tampoco se fue de rositas, porque se llevó un gran disgusto teniendo que casar a su hija primogénita, Berenguela, con mi monarca leonés y, así, alcanzar la paz. Y, gracias a aquel matrimonio y aquella paz, tuve al frente a la mejor gobernanta de esta ciudad, la reina Berenguela, que a ver cuándo vuelvo a tener otra, que ya está bien de tanto hombre al mando.

Pero los campeones en provocarme desastres fueron los franceses, sin duda. Bueno, a mí y a toda España. Aquí se afanaron en derrumbar caseríos y edificios antiguos desde 1809, con objeto de construir una ciudadela uniendo tres de mis conventos, que, a su vez, sufrieron numerosos daños durante su transformación en fortificaciones. Los aliados británicos, portugueses y españoles vinieron a tomar esos fuertes en junio de 1812. Y lo hicieron. Pero no fue esa batalla urbana lo que me causó más daño, sino la explosión accidental de un gran depósito de pólvora pasados unos días de la victoria aliada. Un tercio de mi patrimonio monumental se fue al garete entre unas cosas y otras.

Y no puedo despedirme sin hacer referencia a la que ha sido, sin duda, la peor noche de mi historia, la de San Eugenio de 1812, cuando las tropas francesas que habían sido derrotadas en la batalla de Los Arapiles en julio volvieron a traspasar mis puertas para ejercer una violencia vengativa nunca vista antes.

Luego vinieron los fascistas, esas once personas muertas en mi Plaza Mayor, entre ellas una niña, las banderas nazis en los balcones y el hartazgo y el aburrimiento que sigo soportando. Pero de eso paso de hablar, no están los tiempos para expresar lo que una piensa.

La muy docta y sabia ciudad de Salamanca con un humilde «maestroescuela» de nombre Miguel Ángel Martín Mas.



# LA OBRA

DE PEDRO VEZ LUQUE  
PARA **DESASTRES**

*vez luque*  
2023



LA  
**VISCERA**  
*Magazine*